

Sobre duelos, sueños y apariciones.

Vidret, Martina.

Cita:

Vidret, Martina (2024). *Sobre duelos, sueños y apariciones. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/464>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/KTQ>

SOBRE DUELOS, SUEÑOS Y APARICIONES

Vidret, Martina

GCBA. Hospital General de Agudos "P. Piñero". Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En este escrito se presentará un caso de Consultorios Externos de un Hospital Público de la Ciudad de Buenos Aires, en articulación con las nociones de duelo, el trauma y sus fenómenos clínicos. Se parte de la siguiente pregunta: ¿cómo pensar la elaboración de un duelo, cuando las condiciones subjetivas que lo posibilitan no están dadas?

Palabras clave

Duelo - Trauma - Neurosis

ABSTRACT

ABOUT DUELS, DREAMS AND APPARITIONS

In this paper a case of a Public Hospital will be presented, in articulation with the notions of grief, trauma and its clinical phenomena. It begins with the following question: how to think about the elaboration of grief, when the subjective conditions that make it possible are not given?

Keywords

Grief - Trauma - Neurosis

¿Lo decimos todo con una sola palabra o con una sola palabra lo ocultamos todo?

Alessandro Baricco, en *Océano mar*

Introducción

"Escribir es una brújula y un ancla", dice Marina Benjamin en *Insomnio* (2020). Atender, como escribir, requiere de ambas cosas a la vez: una brújula para orientarse, para intentar descubrir hacia dónde dirigir la cura, y un ancla para poder frenar, supervisar, escribir, dar algún sentido a aquello que está ocurriendo. Elegí el caso a continuación porque me mantuve en vela. Las supervisiones, que fueron muchas, estuvieron marcadas por la fascinación ante los efectos que generaba la puesta en práctica de la palabra, y el miedo a que esa fascinación me llevara a dar pasos en falso. Es el primer tratamiento que tomé en Consultorios Externos, y coincide también con el primero de la paciente. De alguna forma, nos iniciamos mutuamente en la clínica, con la división subjetiva que eso implica para ambas.

El escrito parte de una serie de preguntas que, como todo buen sueño, terminaron desfiguradas: ¿cómo pensar la elaboración de un duelo? ¿Qué condiciones tiene? ¿Cómo posibilitarlo? ¿Qué es trauma, qué es duelo? En fin: ¿qué duele?

Algo que haga click

La noche del 23 de diciembre de 2022, Raúl se suicida prendiéndose fuego y tirándose de la ventana de un primer piso. Rosa -su ex-pareja, mi futura paciente- observa esta escena desde la calle junto a sus dos hijas. Los otros dos hijos están dormidos en el departamento, y serán despertados cuando los bomberos derriben la puerta para sacarlos momentos después. Raúl fallece esa misma noche, en la Guardia Externa del Hospital Piñero, mismo lugar al que Rosa llega ocho meses más tarde, con un ataque de pánico, lo que deriva en el tratamiento conmigo.

La escena del suicidio se irá reescribiendo con el tiempo. Inicialmente, Rosa cuenta que llegó del supermercado con las compras y observó, a través de la ventana que da a su habitación, cómo Raúl se tiraba benzina y saltaba a través del marco. Un día antes del primer aniversario de la muerte de Raúl, va a agregar que habían discutido antes, a raíz de que él la habría acusado de engañarlo, razón por la cual Rosa baja con sus hijas para tomar distancia de la escena y calmarse. Luego de medio año de tratamiento, va a decir que él habría amagado con agarrarle la cabeza y golpearla contra el marco de la puerta, ella se logró escapar a la calle, y terminó matándose él. "Cuando me acuerdo de esa noche me veo arriba, prendiéndome fuego. Era él o yo, y fue él", me dice.

El vínculo con Raúl duró catorce años, y estuvo caracterizado por violencia física, verbal y psicológica. Rosa dejó de tener amigos, de estudiar y trabajar. Se vestía y se veía como él quería, algo que ella nomina como "los antojos de Raúl". En diciembre del 2021, Rosa le dijo que se quería separar, a raíz de que una de sus hermanas le dijo que lo que pasaba entre ellos era grave. Recién ahí pudo registrar que algo de su matrimonio no andaba. Fue, según Rosa, el momento en el que Raúl "empezó a volverse loco", aunque varias entrevistas más tarde me contó que durante su anterior matrimonio, al descubrir que su pareja lo engañaba, llenó una palangana de agua, desconectó los cables del termotanque y se electrocutó.

Durante ese año, siguieron viviendo juntos. Raúl le escribía todas las noches para que fuera a su habitación a dormir, acusándola de abandonarlo, de que se quedaría solo y que sería culpa de ella, que ya no podía más. Rosa iba, y todas las noches él la violaba. Cuando le preguntó por qué volvía, ella me dice claramente: "Si no iba, se mataba". Luego, en otro momento, aparece la contracara de esa frase: "Yo le pedí la separación, yo lo llevé a que se quite la vida". Ante eso, le devuelvo que es diferente

un suicidio a un asesinato, lo que lleva a que me cuente que los hijos del matrimonio anterior de Raúl la acusaron de ser culpable de esta muerte, al punto de decir que fue ella la que lo arrojó por la ventana.

De su familia y de sus vecinos, Rosa recibió dos tipos de mensaje: que no podía llorar a Raúl para que sus hijos no la vean mal, y que no podía llorarlo por la violencia del vínculo, que mejor que estuviese muerto. “Mi mamá ni siquiera me agarró la mano”, me dice.

Un día le pregunto si sueña. Me responde que sí, que un montón, y le propongo que si alguna vez sueña algo que le llame la atención, me lo puede contar. La semana siguiente, justo antes de que cierre la sesión y le dé un nuevo turno, me cuenta un sueño: “Íbamos con mi mamá por el pasillo de mi casa hasta el fondo, en donde había un placard, el placard de Raúl, que estaba lleno de bichos largos con patas largas. Yo le decía a mi mamá: ‘Estoy re podrida de estos bichos. No sé si llamar a un fumigador’. Y ahí me desperté”.

Le pregunto qué se le ocurre en relación a lo que contó, y me responde: “Siento que hay algo de Raúl que quiero matar”. Le subrayo la figura del fumigador, y me dice: “Sí, para eso vengo acá”, a lo que yo le respondo que entonces, por el momento, será una terapia de fumigación.

Un día me dice que se siente “aturdida” en relación a la situación económica, con la preocupación centrada en los hijos. Le pregunto cómo anda ella, y me responde: “Necesito silencio, y salgo a la calle y está esa ventana de mierda. Siempre hay algo que hace click y me lleva a ese momento. Quiero sacar los cuadros que tenemos de él, las fotos, pero no me animo a hablarlo con mis hijos”. Sobre estas fotos, me cuenta que están enmarcadas en dos ventanas de su anterior domicilio. “Raúl fue un mal marido, pero también un buen padre”, dice. Le señalo los dos tipos de ventana, cómo enmarcaban estas dos versiones de él, y cómo costaba encontrar en su relato vestigios de ese segundo Raúl. Me responde, triste: “No me acuerdo ni siquiera cómo se sentía un beso”.

Le pregunto, ya cerrando, qué le pasa cuando entra al hospital y camina por al lado de la Guardia Externa. Me dice que le hace muy mal, que le recuerda al episodio, y que recién se tranquiliza cuando llega a la sala de espera de Externos. Decido acompañarla hasta la puerta mientras seguimos hablando. Cuando llegamos a la calle, le digo que me escriba si le cuesta entrar, que puedo acercarme, y me da un abrazo. La semana siguiente va a entrar por la puerta de atrás.

En junio de 2023, Rosa empieza una relación con Lucas, con quien actualmente convive y está comprometida. Lo presenta como un fuera de su serie, un tipo amoroso que la ayudó mucho en estos meses, que le permite vestirse como ella quiere y que no se siente amenazado por otros varones (de hecho, me

cuenta, a diferencia de Raúl, a Lucas le gusta que otros la miren con deseo).

A principios de enero, viene muy preocupada porque le dijo “Raúl” a Lucas. “Yo no nombro nunca a Raúl”, me dice, “siempre es ‘el padre de mis hijos’. Solo acá lo nombro”. La preocupación por la función de Lucas va a aparecer también porque la más chica de sus hijos le empezó a decir “papá”, y aparece el temor a que esta se olvide que él no es su papá, que se olvide quién fue Raúl.

La semana siguiente a que la acompañe a la puerta llega muy bien al consultorio, sin nada que hablar, y le vuelvo a preguntar si anduvo soñando. Me dice: “Por suerte, no, porque los sueños tienen señales”. Le pido un ejemplo, y me cuenta dos sueños de Lucas: uno en donde un hombre sin cara le dice a Lucas: “No sé qué hacés ahí, no es tu lugar”; y otro, que se repite, en el que un hombre le dice a Lucas que Rosa lo está engañando con él. Le pregunto por la señal en estos sueños, y solo me dice: “no es él”. Le digo, entonces, que lo que tenían en común los dos sueños es que alguien se interponía en la relación, asociando a esto la preocupación por el fallido y el lugar de padre. Sorprendida, suelta: “Maldita sea, otra vez apareciste”. Ante mi silencio atónito, sigue: “No lo estoy engañando físicamente a Lucas, pero tengo asuntos pendientes con Raúl”.

Después de esa entrevista, Rosa se va a ausentar por casi un mes, luego de realizarse una ligadura de trompas. Vuelve, y va a empezar a desplegar elementos de su historia antes de conocer a Raúl. Escenas de violencia de parte de la madre, una serie de abusos sexuales cuando era chica, un intento de suicidio a los quince años.

Vuelve, y va a decir: “Empiezo a darle deducción con vos a los sueños: los bichos no son de Raúl, son míos”.

La muerte, el trauma, el duelo

El psicoanálisis piensa la muerte como un significante imposible de inscribir; es decir, algo para lo que no hay palabra ni representación posible. Esto lleva a Dulitzky (2023) a pensarla como la primera inscripción “en falta” (p. 81). Es este agujero, esta falta, lo que motivará la organización de suturas que, a diferencia de las que atiende un cirujano, no cierran ni cerrarán nunca. No hay forma alguna de vérnoslas con la muerte, algo que constituye un problema central para nuestra práctica, y la elaboración de un duelo ofrece una suerte de solución.

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿estamos frente a una clínica del duelo o a una clínica del trauma? Propongo que, al menos para este caso puntual, no se puede pensar la una sin la otra.

Según Sanfelippo (2010), lo traumático no es atribuible a un acontecimiento o a un aparato psíquico determinado, sino que el trauma viene a señalar un borde, un límite a lo que el sujeto puede tolerar. Se trata de asumir a lo traumático como algo que no es “ni absolutamente externo, ni absolutamente interno” (2010, p. 439), sino como un encuentro azaroso con eso irrepre-

sentable. En ese sentido, propone que la intervención sobre lo traumático no sea ni recordar la escena ni intensificar la ligadura entre los elementos, sino “introducir una pérdida” (2010, p. 440), entendiendo al horror y la angustia como algo que fragmenta al cuerpo, y en donde, como en cualquier fragmentación, algo se pierde. Lo irrepresentable, con esa reescritura, puede devenir perdido.

Colette Soler, en una conferencia pronunciada en el Hospital Álvarez (1998), se refiere al sujeto traumatizado como aquel que tuvo un encuentro sorpresivo con lo real. Y propone al trauma como un “olvido imposible”, en tanto que lo que está imposibilitado es la memorización. En esta forma imposibilitada de memoria aparece el retorno de algo en el cual “el sujeto no se ubica, no se reconoce” (1998, p. 4). El retorno del trauma produce retraumatizaciones, cada vez. En este mismo sentido, propone que la estructura del trauma es una estructura de forclusión, es decir, de un real que no tiene representación en la memoria, algo que acerca al trauma a la estructura de la psicosis, aún sin ser correspondientes entre sí.

Dulitzky ubica en el trauma un “imposible de nombrar” (2023, p. 98), en el sentido de un fuera de discurso, parte de la experiencia de lo ominoso. Los fenómenos del duelo son manifestaciones de la pérdida del objeto y los del trauma, manifestaciones de la falta de significante. El duelo demandará recorrer la pérdida; el trauma implicará hacer consistir algún discurso que le dé sentido a eso que no tiene forma de ser representado.

Ritvo (en Fochi, 2021, p. 14) propone que el duelo se produce en un campo en donde se contradicen dos fuerzas: la que niega al objeto e intenta desmoronarlo, destruirlo, y la que se niega a desaparecerlo. Ubica que, si bien eventualmente hay una sustitución del objeto, no ocurre en el mismo lugar en el que se experimentó la pérdida. Es decir que el duelo requiere de una operación metafórica: el objeto nuevo no vendrá a modo de reemplazo del objeto perdido, sino que se trata de encontrar o construir algo que pueda proteger al sujeto, al menos un poquito, de la invasión de lo real.

Las apariciones, los desaparecidos

La fenomenología del duelo se compone por “restos que retoman” (Ritvo, en Fochi, 2021, p. 11). Es una proposición similar, sino la misma, de cómo el psicoanálisis piensa los sueños, la vía regia para el inconsciente y el retorno de lo reprimido.

“Maldita sea, otra vez apareciste”. A diferencia del sueño de los bichos, Rosa no volverá -al menos, hasta ahora- a la frase. A la que le retorna, casi incesantemente, es a mí. ¿Quién aparece, quién está maldita? ¿Es la madre de Rosa, es Rosa misma, es Raúl? ¿Soy yo? ¿Por qué otra vez? ¿A quién le habla Rosa?

En una supervisión del caso, se hizo referencia a los familiares de desaparecidos. “Para que un desaparecido muera”, me dijo, “los familiares lo tienen que matar”. El problema para el duelo viene a ser, justamente, que en vez de morir, aparezca. Nos topamos ahí con el problema de la muerte: ¿quién puede estar

verdaderamente muerto?

Catela (1998), en un texto sobre la última dictadura cívico-militar, propone el término de “muerte inconclusa”: a diferencia de la muerte “normal”, que modifica el tiempo-espacio y lo reorganiza en función del objeto al modo de un espiral con emociones concentradas, profundas e intensas, la desaparición produce lo inverso, ya que “no permite una concentración de tiempo y espacio, un inicio y un fin, ella abre puntas, crea nuevos espacios y palabras, permite seguir denunciando, reclamando justicia” (p. 98). La desaparición queda representada por la falta de un cuerpo, de un duelo y de una sepultura. En este caso, si bien el cuerpo no está desaparecido, aparece prendido fuego en las escenas de la vigilia, y sin cara en el sueño (en la otra escena, diría Freud).

Otra forma de pensar la frase surge con Lacan y su lectura de la obra de *Hamlet*. En el *Seminario 6*, Lacan propone el concepto de “falofanías” para nominar la aparición del fantasma del padre de Hamlet, que se aparece en el palacio y le ordena a Hamlet asesinar a su tío. En palabras de Fochi, las falofanías son “manifestaciones tan súbitas como pasajeras, íntimas e indemostrables, que escriben con su evanescencia el estatuto inaccesible de lo perdido” (2021, p. 43). Eisenberg (2015) las propone como aquella angustia que “subsiste en la iluminación de un instante” (p. 224), y las ubica como fenómenos de un duelo impedido, diferenciable del duelo patológico y del duelo melancólico.

Si bien los autores se refieren a fenómenos más cercanos a lo alucinatorio o a lo sobrenatural, me parecía interesante la idea de Fochi: son “vestigios de que las pérdidas están ocurriendo (...) marcas del duelo en función” (p. 44). La frase permite, entonces, pensar que algo del duelo está en marcha.

El rito

El duelo, dijimos, se produce a modo de una metáfora. El trabajo del duelo, entonces, es “una operación de escritura”, (Dulitzky, 2023, p. 103), una elaboración que inscribe algo de esa falta. Podemos pensar en los velorios y funerales, en los barcos vikingos, las pirámides egipcias, los troncos decorados de los indígenas del Mato Grosso. Lo que importa no es la forma en la cual se produzca el rito, sino que haya algo singular que le habilite al sujeto escribir la pérdida.

Según Dulitzky (2023), la escritura del duelo tiene tres componentes: el agujero simbólico, la subjetivación de la pérdida y la suplencia del significante en falta. Esto último es lo que viene a ofrecer concretamente el rito:

“El rito nombra al muerto, a la muerte y le otorga al deudo un lugar y un tiempo para su dolor (...) El rito, sus elementos, su función, se orientarán a auxiliar al doliente en esta escritura, ofreciendo significantes que anuden un modo de decir sobre lo traumático de la muerte. Sirviéndose del ritual, el sujeto dice algo, lo que puede, sobre la muerte” (2023, p. 118).

“Solo acá lo nombro”, dice Rosa. Lo dice varias veces, en distintos momentos. El “significante en falta” es darle un nombre

no al Raúl “padre de mis hijos”, sino a ese Raúl que aparece, que tiene ese “algo que quiero matar”. Aunque parezca obvio, nombrarlo implica hacerle un lugar en el discurso. Ese lugar pareciera armarse en el consultorio, y desarmarse apenas sale. Sería cuestión de armarlo cada vez.

Alguna vez le pregunto por qué cree que no lo nombra, y ella me dice: “no le quiero dar lugar a eso” (siendo “eso” los flashbacks), y “creo que no se me va a ir la culpa, yo lo llevé a eso” (siendo “eso” el suicidio). Propongo, entonces, pensar la función de este tratamiento como un rito. Un lugar en donde poder hablar y relacionar los “esos” (la muerte y los retornos, las apariciones, los sueños, los bichos), y un tiempo -y una mano- para poder armar su versión de su historia, sin acusaciones ni prejuicios.

Rosa habla de las ventanas, y la acompañó a la puerta. Me da un abrazo, y para el turno siguiente elige otra puerta para entrar. Se empieza a construir, casi literalmente, un marco, algo que le dé un límite a la pérdida, que posibilite una inscripción. Es en esa entrevista que Raúl aparece, maldito -maldito él por aparecer, maldita ella por haberlo convocado-, pero no es sin convocar al muerto que se posibilita que en un segundo tiempo los bichos de él, habilitados solo a aparecer en sueños, flashbacks o fallidos, se vuelvan los bichos de ella.

Palabras finales

Un día, hace no mucho, Rosa llega y me dice que tiene ganas de ponerse una cafetería. Es la primera vez que la escucho con entusiasmo. Me cuenta que sabe en dónde quiere que sea, que sabe que esa esquina está en venta y que quiere que sea un café para tomar al paso, de esos que tienen una barra con pocas banquetas y nada más. Sabe que tiene que esperar, que no son tiempos para invertir en un negocio, pero que en el mientras tanto va a hacer cursos de barista, porque tiene plata ahorrada destinada para eso. Tiene todo, menos el nombre.

La dirección, pienso después, ya no será de fumigación. Quizás ahora sea cuestión de buscar cómo convivir con esos bichos. De dejar libre el armario para otras cosas como un café, o, en el mejor de los casos, un análisis. os, un análisis.

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, M. (2020). *Insomnio*. Chai Editora.
- Catela, L. da S. (1998). Sin cuerpo, sin tumba. Memorias sobre una muerte inconclusa. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 20, 87-104.
- Dulitsky, S. (2023). *Vivir con finitud. Sufrimiento existencial y cuidados paliativos*. Letra Viva.
- Eisenberg, E. S. (2015). “Clínica del duelo: impedido-patológico-imposible”. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Fochi, P. (prólogo de Ritvo, J. B.) (2021). *El duelo, la infición del mundo (falofanías, espectros, marionetas, visiones, sueños, reliquias)*. Otro cauce.
- Lacan, J. (1958-59). *Seminario 6*. Paidós, 2014.
- Murillo, M. (2015). “¿El acto analítico es un concepto?”. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Sanfelippo, L. C. (2010). Conceptualizaciones del trauma en Freud y Lacan. II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Soler, C. (15 de diciembre de 1998). *El trauma* [Conferencia]. Hospital Álvarez, Buenos Aires, Argentina.